

## GRACIAS, MAMÁ.

Seudónimo: Mar en calma.

Mamá, de ti aprendí a ver lo bueno de todas las cosas. Incluso tu alzheimer tiene su lado positivo: Has perdido los recuerdos dolorosos de nuestra vida. Ya no recuerdas que papá no está, ni recuerdas lo que era aquel virus que vino de Oriente arrasando todo y nos dejó sin él.

Sin embargo recuerdas tu boda, las anécdotas repetidas una y otra vez de cuando yo era una niña, el cortijo en el que te criaste con tu abuela, te acuerdas de leer y cada mañana sigues sentándote frente al periódico a empaparte de las cosas que pasan en el mundo. Como siempre.

- María, tienes que participar en este certamen literario sobre la vida universitaria- dijiste ayer con tus grandes ojos fijos en el periódico que leías en la terraza -Mira, lo convoca la Universidad de Córdoba, donde estudiaste tú, por su cincuenta aniversario. Seguro que a papá también le parece una buena idea.

Me senté a tu lado y ojeé las bases del certamen mientras tomaba mi café con leche... Qué curioso que recordases que estudié en Córdoba y no lo difícil de aquellos cinco años. Y que pienses que papá sigue vivo. Es una suerte, mamá.

Me remonto al verano de 1990. Había terminado el curso con buenas notas y pocas fuerzas. Estaba más cansada que nunca. Al principio papá y tú lo achacabais al esfuerzo del estudio por la temida *selectividad* y a los viajes que dimos desde Almería a Córdoba para matricularme en la universidad, buscar residencia y todos aquellos trámites necesarios para iniciar aquella nueva etapa de mi vida.

Empecé a tomar vitaminas pero seguía igual o peor, además había perdido peso y estaba cada vez más pálida. Así empezó aquel peregrinar por distintos hospitales, como tú decías. Antes todo era mas lento que ahora, los viajes, las citas médicas, los diagnósticos...

Llevaba ya unos meses instalada en mi residencia universitaria cuando el diagnóstico escrito en el papel cayó como una losa sobre mi: Leucemia. Yo no sabía cómo decíroslo a ti y a papá, pero os lo tomasteis con fuerza y ánimo. Vuestra entereza tiró de mi como el viento de levante cuando me empujaba en Almería y estaba tan delgada que casi no tenía que hacer el esfuerzo de andar.

Mis cinco años de carrera en Córdoba supusieron una convivencia a veces complicada entre mis estudios universitarios y la enfermedad. No siempre estuvieron en buena armonía, como un matrimonio de convivencia. Épocas de enorme mejoría y posteriores recaídas. Cinco años de subidas y bajadas. Como el mar que dejé en Almería con sus mareas altas y bajas.

Así transcurrió mi vida de estudiante en Córdoba: fiestas universitarias y festín de pinchazos y medicamentos; patios de mayo y patios de hospital; quimioterapia y terapia de salidas con amigos por la judería a tomar vinos y flamenquines; viajes de estudios y viajes a otro mundo con anestesia general; flores en el hospital y calle de Las Flores; tus rezos frente al Cristo de los faroles y mi cruz: una enfermedad que pesaba demasiado para una muchachita estudiante de Veterinaria.

Siguiendo nuestro lema de vida de quedarnos con lo bueno, cuando echo la vista atrás me quedo con el apoyo de las personas que entonces me cuidaron: mis compañeros de clase y de la residencia, los amigos que brindaron conmigo en la judería cuando las analíticas eran buenas -que eran los mismos que me abrazaron cuando estaba molida tras las quimios- la familia y amigos de Almería que me mimaban cuando tenía que pasar largas estancias en casa porque no podía más. Y me quedo contigo y con papá, a quienes nunca vi llorar ni quejarse, que me leíais los apuntes de la facultad que me pasaban los compañeros. Aquello fue decisivo para no venirme abajo: el mantenerme conectada con mi vida normal, con mi juventud, con mi vida universitaria...

El último año de universidad empeoré, los autotrasplantes habían fallado. No había mucha más solución que un trasplante de médula de donante. Ni papá ni tú dudasteis en haceros las pruebas para ver si vuestras médulas eran compatibles con la mía. Cosa poco probable pues no compartimos ni una sola gota de ADN al ser yo hija adoptiva. Milagrosamente, la compatibilidad de tu médula y la mía fue muy alta.

Entraste en el quirófano y esta vez era yo la que te esperaba en la habitación vacía mordiéndome una a una todas las uñas, acariciando la mano suave y fuerte de papá.

Tras el éxito del trasplante de tu médula, juntas llegaron -como una pareja bien avenida- el alta de la enfermedad y la graduación. Curada y licenciada.

Y te hago caso y escribo todo esto - dedicado a tí, mamá- para ese certamen literario. Y es que yo solo me quedé con lo bueno (como tú y tu alzheimer) de mi vida universitaria: las salidas nocturnas con los amigos, los paseos por el puente romano mirando al río, las tardes de risas y estudio en la biblioteca, los patios cordobeses, las catas y la feria en mayo, las risas de papá en la judería, la amistad y la humanidad de mis compañeros y profesores y el mejor regalo que me han hecho nunca: tu médula.

Gracias mamá.